

## Una utopía disponible: la Cataluña independiente

Quienes vivimos en Cataluña en este 2014 sabemos hasta qué punto ha subido la fiebre del independentismo, la ilusión por una Cataluña independiente que implica sobre todo una Cataluña distinta, aun sin definir, pero en la que por fin podremos ser lo que queramos. La excitación, la esperanza, la efervescencia, han vuelto a la sociedad catalana. ¿Qué lejos parecen ya momentos como el de la votación del Estatuto Catalán en 2006, cuando sólo un 48,8% de la población acudió a las urnas para refrendarlo! La atonía política, el desinterés que mostraba entonces la ciudadanía se han trocado en un entusiasmo capaz de impulsar un proyecto que, de momento, se sustenta básicamente en este ímpetu, dado que carece de apoyos externos y se enfrenta a enormes dificultades.

¿Qué ha pasado para qué hayamos llegado a esta situación, que hace pocos años parecía inimaginable? ¿Qué fenómenos políticos y sociales se han producido para haber cambiado las tendencias de izquierdas que presidieron los movimientos sociales de la transición y el desapego político de los años recientes en este hormigueo de proyectos, en este empeño independentista que, en el 2014, parece tan fuertemente arraigado en la sociedad catalana?

### 1. El elemento catalizador: la crisis económica, política y social del Estado español.

El elemento catalizador del proyecto independentista es, por supuesto, la crisis económica, que a su vez pone de manifiesto una crisis mucho más amplia, la de una democracia sin proyecto político propio, falta de objetivos de futuro, que va quedando en manos de partidos cada vez más pendientes de intereses particulares y en los que prosperan individuos de muy bajo perfil profesional y humano. La degeneración de los partidos políticos se viene larvando por lo menos desde el último mandato del PP con Aznar como presidente, cuando la mayoría absoluta le permitió comenzar a gobernar con un estilo autoritario, sin tener en cuenta a la opinión pública y creando un sistema de enriquecimiento a diversos niveles de la administración por medio de la corrupción. Los primeros años de Zapatero parecieron enmendar la situación y volver a una política de atención a las necesidades de la población, de mejora del estado del bienestar; la crisis económica, a partir del 2008 acabará con esta política y con la confianza en las instituciones. La evidencia de las imposiciones del capital financiero y de las instituciones políticas internacionales a través de las que se expresan sus intereses acaba de mermar la confianza en un gobierno débil como el último de Zapatero, y en el de su sucesor, Rajoy, no sólo juguete de las presiones europeas sino apostando directamente por los intereses financieros y empresariales también en España.

Ante el aumento del paro, los recortes en la sanidad, la educación, las subvenciones de todo tipo, la debilidad y corrupción de los gobiernos español y catalán, que salta por doquier, la sensación de pánico crece. Cataluña despierta de un sueño dorado, que había permitido creer que por fin estaba a salvo de la pobreza y de la violencia que suele acompañarla. Recuerdo los diagnósticos que hicimos los sociólogos en unas publicaciones que constituyen una especie de balance anual de la sociedad catalana: en 2008, el resumen fue “el català emprenyat”. El 2009, “el año en que caímos de las

nubes”. Ya no era una sociedad “cabreada”, sino una sociedad inquieta, que se daba cuenta de que la crisis había venido para quedarse y que lo que estaba perdiendo era el sueño del bienestar en el que había logrado instalarse en los últimos años.

Las reacciones no tardaron en llegar: huelgas, manifestaciones, protestas, pero aun de carácter muy sectorial. No es cierto que la sociedad catalana haya sufrido la crisis de manera pasiva. Lo que ocurre es que no había, en los inicios de la crisis, un proyecto político alternativo, un partido dirigente fiable, unos líderes que consiguieran ilusionar.

La crisis marca una ruptura en el desarrollo del estado del bienestar y el crecimiento de las supuestas clases medias. Los partidos políticos no tienen respuestas, antes al contrario, comienzan a mostrarse impotentes frente a las exigencias de los “mercados” y de sus valedores políticos. Hay que hacer algo, pero ¿qué? ¿En qué dirección caminar, frente a la sensación de desastre?

El vacío durará poco tiempo: ante todo este agobio, que ha venido a destruir la inocencia de una sociedad recientemente instalada en el bienestar, la construcción de un nuevo proyecto social se hace indispensable. Y efectivamente, este proyecto surge, o, mejor dicho, el proyecto impulsado en los últimos años por ERC arraiga de pronto en la sociedad catalana. Lo cual indica un alto grado de salud colectiva, una capacidad de reacción encomiable, no siempre visible en otras sociedades europeas sometidas a la crisis, ni siquiera, desde luego, en el conjunto de España. Se configura un proyecto propio, visceral, identitario, no sabemos aun con que alcance numérico, pero lo suficientemente amplio como para sacar a la calle a amplísimas multitudes, como se vio los 11 de septiembre de 2012 y de 2013. Y este es precisamente el proyecto independentista.

Cabe preguntarse, sin embargo ¿por qué un proyecto de esta naturaleza arraiga ahora? ¿Por qué un proyecto que tiene una base cultural o territorial, y no un proyecto de la izquierda, aparentemente mucho más acorde con el tipo de crisis que vivimos?

## 2. La evolución de las clases sociales a partir de la transición política

La respuesta a tal pregunta hay que buscarla, a mi entender, en una doble dimensión del cambio experimentado: la evolución de las clases sociales a partir de los años ochenta y hasta 2008, por una parte, y la evolución de los aparatos de clase y las ideologías políticas en esta misma etapa, por otra. Hechos paralelos y vinculados, pero imprevisibles a priori, puesto que la evolución de las ideologías, por ejemplo, se enmarca en un ámbito mucho más amplio que la sociedad catalana.

La etapa final del franquismo creó, en Cataluña, una alianza importante entre la clase trabajadora, motor de unas movilizaciones que paralizaban la producción y se convertían en incontrolables para las empresas, y una clase media profesional joven, formada en la etapa de las luchas universitarias y en las ideologías de izquierdas. A la clase media profesional se sumó gran parte de la clase media propietaria de pequeñas y medianas empresas, movida, sobre todo, por la vinculación a la cultura y la identidad catalanas, más que por una ideología izquierdista. Y de la clase media es de donde surgieron la mayoría de los dirigentes que, a lo largo de 30 años, han pilotado la

evolución de la sociedad. Con unas componentes básicas de ideología de izquierdas y de centro derecha nacionalista que han ido acentuando sus divergencias a lo largo de los años, pero que han mantenido una cierta alianza, dado que se trataba de dos grupos sociales maltratados durante el franquismo e interesados en la construcción de una sociedad moderna, secularizada y tecnológica. El fenómeno interesante a subrayar es precisamente el hecho de que una clase trabajadora mayoritariamente inmigrante de primera o segunda generación aceptara el predominio de partidos de izquierda con una componente nacionalista e incluso, en determinados casos, se acercara al centro derecha nacionalista.

La causa de esta relativa placidez de la sociedad catalana en estos años –hay que recordar que se llegó a hablar del “oasis catalán”- se encuentra sin duda en las mejoras de los niveles de vida. Hoy prevalece la crítica a los partidos, y hay motivos sobrados para ello. Pero no hay que olvidar que entre 1980 y 2008, aproximadamente, los niveles de desigualdad decrecieron ligeramente, se desarrolló un estado del bienestar sin duda nunca visto antes entre nosotros. Mejoraron la sanidad, la educación y las pensiones. Mejoraron los transportes públicos, las infraestructuras, los barrios, especialmente los que habían estado más degradados, etc. Y mejoraron, de forma muy notable, las condiciones laborales y los ingresos, incluso en el caso de la clase trabajadora.

Todo ello dio lugar a un profundo cambio de la estructura social. El modelo de vida generalizado fue el de la clase media: propiedad de la vivienda, varios vehículos en función del número de miembros de la familia, vacaciones anuales incluyendo algún viaje. Abundancia de ropas y electrodomésticos, equipamiento electrónico, ya en los 2.000. Todo ello, evidentemente, de distintas calidades y precios, según el nivel económico y social. Pero, en cualquier caso, generalizando las formas de consumo de modo tal que desaparecieran las marcas de clase más visibles: las ropas usadas, la pobreza evidente en la clase trabajadora hasta los años sesenta, la casi exclusión de las universidades todavía visible en los setenta, y tantas otras cosas. Los signos que marcaban con toda crudeza las anteriores fronteras de clase.

Es así como se crea la ilusión de la pertenencia a la clase media, en una amplia mayoría de la sociedad.

Hay otra circunstancia que ha contribuido a crear la ilusión de la “sociedad de las clases medias”: la llegada masiva de unos inmigrantes mucho más pobres, sin derechos, viviendo a veces en condiciones de esclavitud, arriesgando su vida para llegar hasta aquí. Una visión a partir de la cual la clase trabajadora catalana puede considerarse afortunada, puesto que por debajo de ella, existe efectivamente un submundo de pobreza y exclusión, pero que no la afecta directamente, protegida por la pertenencia a un continente que aparentemente está a salvo.

Este escenario ha implicado que los vínculos y proyectos visibles anteriormente en clase trabajadora hayan ido desapareciendo, destruidos por una cultura basada en el individualismo, en las rupturas generadas por el llamado “el ascensor social”, es decir, una movilidad ascendente caracterizada, en esta etapa, por los ascensos vinculados a la educación, que suelen afectar de modo muy desigual a los grupos familiares, dado que tiene un carácter individual. Y por las formas de relativo enriquecimiento, sobre todo de adquisición de la propiedad: no hemos analizado suficientemente lo que ha supuesto

para una gran parte de la población la compra de las viviendas como elemento de conservadurismo y de defensa del interés personal frente a los intereses del grupo. Más aun, si cabe, la inversión en propiedad inmobiliaria como forma especulativa: téngase en cuenta, por ejemplo, que un tercio de la clase trabajadora en edad laboral, en el 2006, poseía alguna vivienda o finca distinta de la suya propia. Una clase, por tanto, convertida en gran parte en propietaria, gozando de unas condiciones distintas de las tuvieron que enfrentar sus padres y abuelos en el pasado.

Paralelamente, la clase media profesional se expande, hasta llegar, aproximadamente, a un 30% de la población. Es, en gran medida, la clase que ocupa la administración pública, la que gestiona los asuntos y el dinero públicos. La que de ningún modo está interesada en volver a las etapas de centralización administrativa, que supondría perder esta posibilidad. Se trata de una clase joven, educada, mayoritariamente de origen catalán, en expansión, que de pronto choca con la realidad de la falta de puestos de trabajo y la frustración de sus grandes expectativas, creadas precisamente en la etapa de crecimiento económico. Este es, en gran parte, el grupo motor del proyecto político independentista y el que se erige en su portavoz, en la clara ausencia de una burguesía nacional que está ya desapareciendo y transformándose en una clase corporativa transnacional, cada vez más ajena a los vínculos territoriales.

#### Los cambios políticos e ideológicos: en busca de una utopía.

En una crisis en la que claramente se perfilan unos pocos ganadores y una mayoría de víctimas, parece obvio que el proyecto posible tendría que acogerse a una utopía revolucionaria, o, por lo menos, de democracia avanzada. Nos encontramos en un momento álgido no de la lucha de clases, sino de la dominación de una clase sobre las demás. El equilibrio se ha roto, la clase corporativa controla los mecanismos de acumulación de capital, el capitalismo ha entrado en una fase especulativa, sumamente destructiva. Todo parecería indicar que las contratendencias debieran aparecer en el campo de la población asalariada, de clase media o de clase trabajadora, que son las que en este momento pierden terreno, retroceden en sus posiciones y están en peligro de llegar a la marginación.

Y sin embargo, no hay, en la izquierda, utopías disponibles, proyectos alternativos. El bloque en el que predominó un pensamiento de izquierdas se ha ido disolviendo por los cambios ya indicados en las posiciones de clase, por la evolución de los partidos políticos, por el fracaso del socialismo real y sus consecuencias, la desaparición de la utopía socialista y la falta de un contrapeso al capitalismo. No todo es atribuible, por supuesto, a este fracaso: más allá de este hecho de carácter planetario, la propia evolución de la izquierda en nuestro país marca un declive. Después de la movilización de la etapa antifranquista, la política se convierte en un hecho institucional, profesional podríamos decir. La población se retira, los jóvenes se desentienden: apenas tienen voz, y cuando tienen voto, muchos de ellos lo consideran inútil, insignificante, ni siquiera lo ejercen. Los sindicatos cambian su función: ya no son instrumentos de movilización política, o lo son en muy escasos momentos. Se acostumbran a negociar, a pactar, a consensuar las políticas públicas. Totalmente adecuado, si el pacto es sólido: dejan de ser, por así decir, instrumentos de clase, y van substituyendo las grandes palabras

teñidas de epopeya por la letra pequeña de los convenios y los acuerdos. Los partidos políticos, después de unos años de gran esfuerzo para transformar el país, se convierten en trampolines relativamente fáciles para lograr puestos bien retribuidos cuyos ocupantes tratarán de no poner en peligro. Pareció que efectivamente la lucha de clases había terminado en nuestro país, que se podían eliminar aquellos símbolos y aquellos lenguajes.

El despertar mostró que no era así, pero que aquellas utopías, aquellos instrumentos, apenas existían ya.

Asistimos a una etapa de perplejidad: frente a un capitalismo salvaje, las reacciones son numerosas pero desordenadas, de bajo perfil político, de signo contradictorio: partidos de extrema derecha, movimientos como el 15M, grandes reuniones de causas diversas y dispersas, como los foros mundiales. La izquierda no está cuajando, dividida entre los restos de una socialdemocracia a la deriva, perdida su posibilidad de redistribución de beneficios a través del estado del bienestar, y una serie de intentos de búsqueda de espacios e identidad que, por el momento, no consiguen sino fragmentar las opciones, en un calidoscopio difícil de fraguar.

En esta situación, Cataluña tenía, para su suerte o su desgracia, aun está por ver, una utopía de recambio: la independencia. Una utopía con una historia que hunde sus raíces en agravios antiguos y modernos, en derrotas, intentos de regeneración frustrados, ofensas y malentendidos. Pero que no toma su fuerza de todo ello, sino de la necesidad actual de esperanza. De aquí que sea más visceral que doctrinaria, que llame a todos a sumarse a ella: no se trata de reconstruir un viejo imperio mediterráneo ni de afirmar esencias patrias, sino de saltar de un barco que va a la deriva, con la ilusión de que, en una barca pequeña, será más fácil encontrar alguna ruta hacia Ítaca, o, en su defecto, directamente hacia Jauja.

Marina Subirats